

# Redescubriendo con IA los rostros de mujeres en la historia de Chile

## Úrsula María Suárez

(1664-1749)

Pertenecía a una familia acomodada de Santiago, descendiente de funcionarios de la Corona por línea paterna y de la primera generación de conquistadores por vía materna. Vivía, por lo tanto, con grandes comodidades y con una numerosa familia rodeada del servicio doméstico de mulatos y negros. Por un tiempo, fue entregada al cuidado de su tía abuela, que vivía en la esquina de calle La Merced con la actual calle Mac Iver. Ahí aprendió a leer y pudo desplegar su curiosidad intelectual. Aunque su madre se empeñó porque ella se formara para cumplir el futuro rol de esposa, a los once años y oponiéndose a los deseos maternos, Úrsula ingresó al monasterio, por voluntad propia, para consagrarse como monja cuatro años después. Ahí, realizó toda una carrera, llegando a ser

abadesa del convento. El padre y el abuelo de Úrsula trataron de mediar en un conflicto entre madre e hija que duró bastante tiempo. En la decisión de Úrsula de consagrar su vida a la religión parecen haber pesado dos factores: por una parte, los sueños y visiones sobrenaturales que declaró haber tenido desde muy pequeña y, por otra, la aversión a los hombres que comenzó a sentir en su infancia, rehuendo del matrimonio. Cuando logró convencer a su familia, que de todas maneras lloró cuando ella dejó la casa para entrar al convento, Úrsula debió confrontar su sueño con la realidad. Cuenta haber sufrido por la pobreza y austeridad con la que ahí se vivía y haber sido, por eso, objeto de la risa de las monjas. El tiempo le permitió habituarse. Por lo demás, con el paso de tiempo, pudo llegar a tener sirvientas y a vivir con mayores comodidades.

Al interior del monasterio, forjó tantas amistades como rivalidades. Su testimonio al respecto refleja ese microcosmos de intrigas en el que cada una luchaba por tener un espacio y ganarse el respeto de las demás. Vivió conflictos con las novicias cuando fue su profesora de latín y con diversas religiosas que también buscaban desarrollar una carrera de poder en el convento. Muchas veces se sintió sola y agraviada; en otras, llegó a participar en peleas con insultos y agresiones. Úrsula menciona con frecuencia la interacción que tenían con sus confesores, sacerdotes y obispos, reconociéndolos, así, como parte de su universo cotidiano. Las confesiones escritas por Úrsula Suárez ofrecen diversos niveles de lectura, que enriquecen el conocimiento sobre el período en múltiples ámbitos. Sus recuerdos de infancia ilustran las dinámicas al interior de un hogar colonial de la alta sociedad. Las descripciones de sus sueños y visiones, así como sus reflexiones sobre su relación con Dios, reflejan algunos elementos de fe, expresados a través de los códigos de los imaginarios de época, conflictuados, además, con las supersticiones contemporáneas. El texto constituye además una rica fuente sobre la vida conventual a comienzos del siglo XVIII, que puede romper con esos prejuicios sobre el silencio, recogimiento, encierro o invisibilidad que se suele asociar al mundo monástico. Tal como algunas de sus pares, llevaba un diario confesional, pero, a diferencia de la mayoría, este se conservó hasta ser publicado en 1984 bajo el título de Relación de las singulares misericordias que ha usado el Señor con una religiosa, indigna esposa suya, previniéndole siempre para que solo amase a tan Divino Esposo y apartase su amor a las creaturas; mandada escribir por su confesor y padre espiritual. Comenzó a escribir en 1708 y prosiguió a lo largo de 24 años más, aunque con interrupciones, relatando no sólo su tiempo presente sino sus memorias de juventud y vivencias hasta 1715.



*\*Imagen original de archivo utilizada como referencia para la creación del retrato con inteligencia artificial.*

